



mo los llama Gibbon, no faltaron mártires (1), y si el Pío no ordenó alguna nueva crueldad, cometiéronlas por sí magistrados y sacerdotes, fundados en las antiguas leyes. Marco Aurelio, en fin, entre tantas virtudes, no tuvo la de resistir á los filósofos que le instigaban contra los cristianos, y los persiguió ó dejó perseguir como reos de atentado contra la religion del Estado, y de alimentar genios contrarios á la república, hasta que el milagro que hemos referido de la legion fulminante, suspendió, segun dicen, la matanza.

No se renovaron en tiempo de Cómodo y de sus sucesores, por lo cual se extendió en aquel tiempo la creencia, aun entre personas de elevada jerarquía. A Severo, hácia el fin de su reinado, le parecieron sospechosos, y confundiéndolos con los inquietos hebreos, publicó un edicto que aunque en realidad sólo castigaba á los nuevos prosélitos, fácilmente se extendía á los demas, y especialmente á los que estaban consagrados á las conversiones, por lo cual la persecucion que principió en Egipto se propagó por el resto del imperio. Doce cristianos de Escila, en el África proconsular, fueron martirizados sin exhalar una queja, por no ceder á lisonjas ni amenazas, y repetido su nombre con veneracion en las reuniones, animó á los cristianos, y atrajo á la verdad á muchos gentiles.

A la muerte de Severo adquirieron los cristianos tanta firmeza, que así como antiguamente se reunian en casas particulares y en lugares ocultos, pudieron entónces erigir iglesias, comprar terrenos en Roma, y hacer públicamente las elecciones. El emperador Alejandro los admitia en el palacio como sacerdo-

(1) Tenemos el siguiente epitafio de una catacumba del tiempo de los Antoninos, que revela la profunda tristeza de los perseguidos, y su esperanza:

ALEXANDERMORTVVS NON EST SED VIVIT SVPER ASTRA
ET CORPVS IN HOC TVMULO QVIESCIT. VITAM EXPLEVIT
CVM ANTONINO IMP. QVI VBI MVLTVM BENEFITII ANTEVE-
NIRE PREVIDERET PRO GRATIA ODIVM REDDIT. GENVA
ENIM PLECTENS VERO DEO SACRIFICATVRVS AD SVPLICIA
DVCTVRE. O TEMPOPA INFAVSTA QVIBVS INTER SACRA
ET VOTA NE IN CAVERNIS QVIDEM SALVARI POSVIMVS.
QVID MISERIVS VITA? SED QVID MISERIVS IN MORTE CVM
AB AMICIS ET PARENTIBVS SEPELLIRI NEQVEANT?
(ARNGHI, Roma subterr. p. 685).

tes y como filósofos, y los obispos y doctores obtuvieron su favor. Pero cuando Maximino, que le sucedió, castigó á los amigos de su predecesor, muchos cristianos fueron envueltos en el castigo, que se impuso á otros con ocasion de un terremoto que conmovió la Capadocia y el Ponto, por ser ya costumbre atribuir á los fieles las públicas calamidades.

Si el emperador Filipo, acaso por las exhortaciones de Orígenes, favoreció á los cristianos hasta el punto de divulgarse que habia abrazado su fe, Decio en cambio se manifestó muy enemigo de ellos. Un poeta fanático se presentó en público, deplorando la religion abandonada; el vulgo pidió que se reparase el mal con la sangre de los impíos, y los magistrados buscaron el aura popular accediendo á la peticion.

La peste que devastó en aquella época el imperio excitó tambien la furia del pueblo y la supersticion de los ministros, que se saciaban en estas víctimas inocentes, las cuales en pago propagaban la asistencia á los enfermos, las oraciones, y la caridad. Entónces fueron muertos ó desterrados los principales obispos, y durante diez y seis meses se impidió al clero de Roma la eleccion de un nuevo pontífice despues de haber sido muerto Fabiano.

Las crueldades eran las más refinadas: despues de echar mano del caballete y de las planchas hechas ascua, hacia el juez untar á uno de miel, y exponerlo al sol para que las moscas lo consumieran. Otro que se hallaba en el vigor de su edad, fué colocado en un jardin delicioso, atado en un blando lecho, con una meretriz; y no sabiendo cómo resistir, se arrancó la lengua con los dientes y se la escupió en la cara á la impúdica (1).

Algunos no pudieron resistir los tormentos, y entre ellos se cuentan Numeria y Cándida, romanas; y Luciano, preso en Cartago, escribia así á Celerino, que le consultaba si

(1) A este tiempo se refiere la historia de los Siete Durmientes, hermanos que huyendo de Efeso á causa de la persecucion, se retiraron á una caverna y se durmieron en ella en el Señor. Muy tarde se encontraron sus cuerpos, y corrió voz entre el vulgo de que habian dormido hasta entónces.



merecian perdon: «Viviendo aún el beato mártir Pablo, me llamó y dijo: *Luciano, te digo delante de Cristo, que despues que me haya llamado á su lado, y alguno te pida la paz, se la des en mi nombre; porque aquellos á quienes Dios se ha dignado llamar en esta persecucion, todos de acuerdo hemos concedido carta de paz á los caídos.* Sabed, pues, hermano mio, que estoy dispuesto á ejecutar la orden que me ha dejado Pablo, y que así lo hemos establecido desde que nos encontramos en esta afliccion, habiendo ordenado el emperador que se nos dejase morir de hambre, encerrados en dos horribles calabozos, donde hacia un calor insoportable; ahora ya vemos alguna luz. Por eso os ruego que saludeis á Numeria y á Cándida, las cuales alcanzarán la paz segun la orden de Pablo y de los demas mártires, cuyos nombres son estos: Baso, que murió apedreado; Mapalico, en la cuerda; Fortunio, en la cárcel; Pablo, despues del tormento; Fortuna, Victorino, Victor, Hereña, Crédula, Ereno, Donato, Fermo, Vento, Frutos, Julia, Marcial y Ariston, muertos de hambre en la prision por la voluntad de Dios. Pronto se os anunciará que los hemos seguido, porque hace ocho dias se nos ha encerrado de nuevo, despues de habérsenos dado por espacio de cinco dias un poco de pan y agua. Pido que cuando el Señor haya concedido paz á la Iglesia, segun la orden de Pablo y nuestra deliberacion, logren paz las extraviadas; despues de haber expiado su culpa ante el obispo y hecho penitencia, y no solamente ellas, sino todas aquellas á quienes sabeis que se extiende nuestra intencion.»

Valeriano, al fin de su reinado, por instigacion del prefecto Macriano, egipcio y docto en la magia, persiguió nuevamente á los cristianos, entre los cuales cayeron ilustres víctimas, como Estéban y Sixto, papas, y Cipriano. Habiendo sido llamado Lorenzo para que descubriese los tesoros de la Iglesia que custodiaba, mostró una turba de pobres; por lo cual fué asado.

Galiano suspendió las persecuciones. Y á pesar de que hubo algunas víctimas en tiempo de Aureliano, la Iglesia pudo prosperar, y ad-

quirió aquel aspecto de legalidad que confiere el tiempo.

Entónces se aumentó de tal manera el número de los prosélitos, que hubo necesidad de hacer mayores en todas partes las iglesias; á los cristianos se concedian las magistraturas, y á los obispos los honores.

Aparece esto particularmente en el caso de Pablo Samosata, patriarca de Antioquia, el cual habiendo abandonado el espíritu evangélico, introducía el fausto pagano en las cosas sagradas, usurpaba, vendía las dignidades, complicaba los negocios, predicaba como sofista más bien que como apóstol, se complacia en las sensualidades, é incurrió en herejías. Reunidos los obispos, y habiendo intentado inútilmente reducirlo á la verdad, le declararon destituido, y le eligieron un sucesor sin interrogar al clero ni al pueblo. Dióse queja de tal irregularidad á Odenato y Zenobia, por cuyo favor conservó Pablo la dignidad hasta la victoria de Aureliano. Este llamó á su presencia á las dos partes, y no considerándose en posicion de decidir, remitió la deliberacion á los obispos de Italia, ya por suponerlos más imparciales, ó ya porque quisiese aumentar la influencia de la capital sobre las provincias.

Está en la naturaleza del hombre dejar que decaiga una creencia cuando no la encuentra contrariada, y reanimarla cuando está combatida. Cuando se presentaron los cristianos á mostrar la falsedad y la indecencia de la religion dominante, los paganos, que la miraban con indiferencia y desprecio, se apasionaron hácia ella por reaccion; y dijeron que se habian hecho populares ó convertidos en símbolos de sabiduría secreta y de sublime moral cosas que bastaba conocer para desaprobar. Por tanto, se reanimó la veneracion hácia las antiguas fábulas, y el despecho de verlas maltratadas por los nuevos sectarios, hacia que se tratase de sostenerlas á cualquier precio. Entónces, pues, se multiplicaron con más pompa que nunca los sacrificios; se introdujeron otros nuevos; se propusieron iniciaciones y expiaciones que llenasen el objeto que la Iglesia se proponia con el bautismo y con la confesion; sucediéronse despues los milagros, los profe-



tas, los oráculos y las curaciones multiplicadas en los sagrarios de Esculapio y de Higea; y tanto se exaltó el fanatismo del vulgo, que ciudades y pueblos acudían á porfía á los emperadores pidiendo que les dejaran cumplir las antiguas leyes.

En esto eran secundados por la índole de Maximiano y de Galerio. Habiéndose avistado este último con Diocleciano, después de la guerra persa, para tomar un partido respecto de los cristianos, celebraron consejo con unos cuantos magnates, todos los cuales resolvieron extirpar una secta que propagándose independiente en el corazón del Estado, embarazaba su movimiento y podía amenazar su existencia. Á la verdad, el progreso del cristianismo descomponía la unidad tan necesaria en las leyes y en las creencias, y el que quisiera consolidarla, debía hacer dominante á la nueva religión, ó destruirla por la raíz. No tuvo Diocleciano el buen sentido ó la voluntad de hacer lo primero, é intentó lo segundo.

Habiendo penetrado á la fuerza en la iglesia de Nicomedia el prefecto del Pretorio y los principales oficiales el día de las fiestas terminales, y no encontrando en ella ningún objeto del culto, quemaron la Sagrada Escritura, y derribaron en pocas horas aquel templo, que en el punto más elevado y poblado de la ciudad dominaba el palacio cesáreo. Al día siguiente se publicó la proscripción general; en todas las provincias se demolieron las iglesias; se impuso pena de la vida á los que celebrasen reuniones secretas; se mandó que se entregasen los libros santos para quemarlos solemnemente, y que se vendiesen los bienes eclesiásticos en almoneda, ó se aplicasen al fisco, ó se diesen á los municipios ó á los cortesanos. Aquellos, en fin, que negaban homenaje á los dioses de Roma, si eran ingenuos, se les excluía de los honores y de los empleos; si esclavos, se les privaba de la esperanza de la libertad; á todos se les sustraía de la protección de la ley; y se ordenó á los jueces que acogiesen cualquiera acusación contra los cristianos, y que no diesen oídos á ninguna reclamación ni disculpa de éstos. Si no lo afirmáran unánimemente tantos escritores, apenas se podría creer que se hubiese pu-

blicado en una nación civilizada un decreto de tan perversa tiranía, que envolvía á tan gran parte del mundo en la persecución más desenfrenada, dando lugar á todas las violencias y fraudes privados, de los cuales no tenían derecho á quejarse los ofendidos.

Al leer aquel edicto fijado en las paredes de Nicomedia, un cristiano más atrevido que prudente (1) lo desgarró, prorumpiendo en amargas invectivas contra aquellos gobernantes; y como los gobiernos injustos castigan á quien conoce y manifiesta sus yerros, aquel infeliz, no obstante ser hombre de posición y de educación, fué tostado á fuego lento para vengar la majestad ofendida, sin impedir por esto que conservase la sonrisa en la atroz agonía.

Este espectáculo, y los aplausos prodigados á los héroes por los fieles excitaron un sentimiento de espanto y de miedo en Diocleciano; y habiéndose incendiado en aquellos días dos veces su palacio de Nicomedia, creyó que era esta una venganza de los cristianos, conjurados, á lo que se decía, con los más altos empleados del palacio. Fingiéndose Galerio ver en todas partes asechanzas, no quiso detenerse más en aquella ciudad, y el débil emperador dejó seguir el curso á las ejecuciones feroces. «Se aprisionaba á los sacerdotes (escribe Lactancio), y á todos los ministros de la religión, y sin oírlos, ni interrogarlos tampoco, se les arrastraba á la muerte. Eran condenados los cristianos sin distinción de edad ni de sexo á las llamas; como era grande su número, no iban ya al suplicio separadamente, sino que se les amontonaba en las hogueras, se arrojaban los siervos al mar con piedras al cuello; á ninguno perdonaba la persecución; sentados los jueces en los templos obligaban á todos á sacrificar; estaban llenas las prisiones; se imaginaron nuevos tormentos, y á fin de que ninguno se librara de su crueldad, se alzaban altares delante de los cancelos y de los tribunales, con objeto de que ántes de tratarse de su

(1) *Etsi non recto, magno tamen animo*, dice Lactancio, cap. 12; y es admirable esta equidad de juicio entre la admiración de los partidarios y el insulto de los enemigos.



»causa, los acusados ofreciesen sacrificios; de suerte que se les ponía en presencia no sólo de los jueces sino de los dioses.»

Hubo competencia en las provincias á fin de imitar las escenas de Nicomedia; se despojó á las iglesias (1), y después fueron entregadas á las llamas. Temiéndose en una ciudad de la Frigia que el gran número de fieles que allí había se opusiera á la ejecución de tan inhumanos decretos, se dirigió á ella un cuerpo de legionarios, á cuya aparición todos los creyentes se retiraron á la iglesia, dispuestos á defenderla ó á perecer en ella; pero los soldados la pusieron fuego y los quemaron á todos.

Se acusó también á los cristianos de algunas conmociones en la Siria, y en los confines de la Armenia, por lo cual Diocleciano, manifestando la intención de extirpar el nombre cristiano, dió órdenes sobre órdenes, para que los gobernadores de las provincias prendiesen á todos los eclesiásticos, para que los jueces empleasen toda clase de severidad, y para que matáran á quien no abjurase, de manera que el oficio de juez no consistió en examinar la acusación con las pruebas, sino en perseguir y martirizar á todo el que fuese cristiano, ó quisiera salvar á un cristiano.

La España, aunque sujeta á Constancio, tuvo en el gobernador Daciano un ejecutor feroz de la proscripción. Esta fué más floja en la Galia y en la Bretaña; pero sumamente severa en África, donde alcanzó también á Adauto, tesoro privado del emperador. Eusebio oyó decir, que tantos fueron los decapitados en Egipto un día, que el hacha perdió el filo, y tenían que remudarse los verdugos; él mismo vió que apenas eran condenados algunos cristianos, acudían otros al tribunal confesando su fe, pidiendo la muerte, y entonando cánticos de gracias hasta que espiraban. La Iglesia de Italia tuvo una gran cosecha de mártires: en Roma, el cómico Gines, la virgen Sotera, Pancracio, de catorce años, é Inés, de doce, Sebastian milanes,

(1) Existe el inventario hecho entónces de los ornamentos de la iglesia de Cirra en Numidia: dos cálices de oro, seis de plata, seis urnas, una caldera, siete lámparas, todo de plata, además de los utensilios de cobre y las ropas.

Marcelo, sacerdote, y Pedro, exorcista; en Bolognia, Agrícola y Vital, su esclavo; en Milan, Nazario, Celso, Naborres, Felix, Gervasio y Protasio, y en Aquilea, Cancio, Canciano y Cancianila, de la familia Anicia;—glorias nuevas en el país en donde hasta entónces se había considerado glorioso el dar la muerte, no el padecer (1).

Algunos siervos paganos afirmaron en el tormento mil iniquidades de los cristianos; otros resistieron á los más crueles dolores, y la esclava Blandina, débil de cuerpo, en medio de continuos martirios no hacía más que repetir: *Yo soy cristiana, y entre nosotros no se comete ningún pecado.*

También fué fecundada la Iglesia gala con la sangre de muchos mártires, é ilustrada con milagros. *Los siervos de Cristo, que habitan en Viena y en Lion*, escribían á sus hermanos de Asia y de Frigia, los cuales tienen la misma fe y la misma esperanza, refiriendo los pormenores de sus padecimientos: «El odio de los paganos era tan vivo contra nosotros, que nos expulsaban de las casas, de los baños, y de las plazas públicas, y generalmente no nos dejaban presentar en sitio alguno. Los más débiles huyeron, y los más animosos se expusieron á la persecución. Al principio se arrojaba el pueblo contra ellos confundidamente y en tropel, con gritos y golpes, arrastrándolos, robándolos, apedreándolos, encerrándolos, y cometiendo con ellos todos los excesos de que es capaz un pueblo enfurecido. Conducidos á la plaza, y examinados en ella públicamente por el tribuno y por los magistrados de la

(1) Entre las víctimas de los horribles decretos de Diocleciano se cuentan: primeramente en Sevilla las vírgenes Justa y Rufina, que habían echado por tierra la imagen de Vénus; y en Galicia, no lejos de Orense, Santa Marina. Pero cuando más arreció la persecución fué á la llegada del gobernador Daciano, el cual recorriendo todo el territorio de España, hizo millares de víctimas. Entónces ganaron la palma del martirio en nuestro país Félix y Cucufate, el primero martirizado en Gerona, y el segundo en Barcelona; Eulalia y Julia, muertas en Mérida, Engracia y Vicencio, diácono, en Zaragoza; los niños Justo y Pastor, en Alcalá de Henares; Leocadia, en Toledo; Vicente, Sabina y Cristeta, en Ávila; Zoilo, en Córdoba; Centolla y Elena en Búrgos.



ciudad, fueron reducidos á prision hasta que llegó el gobernador. Los presentaron á éste, y como fuesen tratados cruelmente por él, Vecio Epagato, jóven de costumbres muy inocentes y de mucho celo, que no podía tolerar estos sufrimientos, solicitó ser oido para hacer su defensa, y para demostrar que no somos ímpios. Todos los que estaban junto al tribunal gritaron contra él; el gobernador, en vez de acceder á su súplica, le preguntó solamente si era cristiano, y habiéndolo confesado Vecio en alta voz, fué colocado entre los mártires con el título de abogado de los cristianos. Y faltaron las fuerzas á unos diez por no haberse dispuesto ántes á la batalla. Grande afliccion nos produjo su caída, y por ella perdieron el valor los demas que áun no habian sido presos, y asistian á los mártires, sin abandonarles por grandes que fuesen los tormentos que hubiesen de sufrir. Estábamos inquietos por la incertidumbre de la confesion; no nos aterraban los tormentos, pero pensábamos en el fin, temiendo que algunos no pudiesen permanecer constantes.»

Entre aquella multitud de cristianos, cuyos padecimientos fueron por espacio de cuatro siglos la continuacion de la pasion de Cristo, elegirémos á pocos para recordarlos separadamente.

Quando Trajano se dirigia contra los partos, llamó á Antioquia á Ignacio, obispo, discípulo de los Apóstoles, y le preguntó: *¿Quién eres tú, miserable, que desprecias mis órdenes, y aconsejas á los demas su ruina?* Habiéndole contestado Ignacio que se llamaba Teoforo, esto es, Porta-Dios, añadió el emperador: *¿Qué quiere decir Porta-Dios?—Aquel que tiene á Jesús en el corazon.—¿Crees tú, pues, que nosotros no llevamos tambien en el corazon á los dioses que combaten en favor nuestro contra nuestros enemigos?—Te engañas llamando dioses á los demonios de los gentiles. Hay un solo Dios, que hizo el cielo, la tierra, el mar, y todo lo que existe: no hay más que un Jesucristo, hijo único de Dios, á cuyo reino aspiro.—¿Hablas del que fué crucificado en tiempo de Poncio Pilato?* replicó Trajano.—*Sí, de aquel que me libró de mis pecados y de su autor, y el*

cual pone toda la naturaleza y los demonios á los piés de los que le llevan en el corazon.

Habiendo oido Trajano esta confesion absoluta de la divinidad de Cristo, lo envió á Roma para que le diesen la muerte. El santo exclamó: *Gracias, oh Dios mio*, y en el camino escribió á las Iglesias y á sus amigos, confirmandolos en la fe. De todas partes acudian obispos, diáconos, fieles y diputados de las Iglesias á socorrerle, á rogar por él, á recibir su bendicion, y era un espectáculo nuevo para el mundo el triunfo de un hombre encadenado. Al llegar á Roma, temiendo que la piedad de los fieles pidiese perdon para él (1), lo exhortaba para que lo dejasen coger la palma del martirio. Junto con sus hermanos, se puso de rodillas, rogando al Hijo de Dios por las Iglesias, por el término de las persecuciones, y por la caridad entre los fieles; y conducido en seguida al anfiteatro, fué arrojado á las fieras, para divertir al pueblo grande en las fiestas sigilarias. Los gentiles aplaudian á los leones que lo destrozaban, y los fieles en tanto oraban por él, avisando á todos sus hermanos, á fin de que aquel dia se solemnizase perpétuamente.

Esto sucedia en el reinado del piadoso Trajano. En tiempo del filósofo Marco Aurelio, fué martirizado Policarpo, obispo de Esmirna, á los setenta años. Al recibir la noticia de que estaba cercana su muerte, se retiró al campo, orando con pocos fieles dia y noche por todas las Iglesias del mundo. Allí fueron arqueros y caballeros á prender al inerme anciano, el cual les hizo dar de cenar, mientras oraba con fervor por todos los que habia conocido y por la Iglesia universal, de tal suerte, que sus mismos perseguidores se contristaron. Colocándolo en un asno lo condujeron á la ciudad, y Heródes, juez de paz (επιτηροχης) con su padre Nicetas, le salió al encuentro, y habiéndole hecho subir con ellos en un carruaje, lo exhor-

(1) No creo que se pueda manifestar la sed del martirio con palabras más vivas que estas de Ignacio, conservadas por San Jerónimo en el Catál. script. ecl.: *Utinam fruar bestiis quæ mihi sunt præparatæ! quas et oro mihi veloces esse ad comedendum me, ne, sicut aliorum martyrum, non audeant corpus meum attingere. Quod si venire noluerint, ego vim faciam ut devorer.*



taban para que renegase: *¿Qué mal hay en decir que César es señor, sacrificar y salvarse?* Pero como persistia en su negativa, lo arrojaron del carro, de manera que se rompió una pierna. No se quejó, sin embargo, siguiendo á pié hasta llegar al anfiteatro, en medio de la gritería de un pueblo entero. Allí contestó á las repetidas exhortaciones del procónsul: *«Si os parece un honor el hacerme jurar por la que llamais fortuna de César, y si manifestais no conocerme, yo os diré quién soy. Soy cristiano, y si quereis saber mi doctrina, concedme un solo dia y os la explicaré.»* Replicándole el procónsul que convenciese á la muchedumbre, continuó: *«Consiento en hablaros, porque nuestra ley enseña á tributar el debido honor á los poderes establecidos por Dios; pero no creo digna á esta plebe de disculparme ante ella. Y añadiendo aquél: «Jura por la fortuna del César, y di apartad del mundo á los ímpios,» miró Policarpo á la multitud, extendió la mano sobre ella, y elevando los ojos al cielo, exclamó suspirando: *Apartad del mundo á los ímpios.* Entónces hizo gritar el procónsul en el anfiteatro al heraldo que Policarpo se confesaba cristiano, y la muchedumbre de paganos y judíos gritaba: *A la muerte, á la muerte.* Preparada la hoguera, y queriendo clavarle á los maderos, como se acostumbraba, se opuso á ello y dijo: *«El que me da fuerza para resistir el fuego, me la dará para resistir sin estos clavos,»* y orando y bendiciendo, fué precipitado en las llamas; mas como éstas tardasen en consumirle, acudieron los que degollaban en el circo á las fieras ya heridas (confectores), y le mataron.*

La relacion de este suplicio, que enviaron los cristianos de Esmirna á sus hermanos de Filadelfia, terminaba así: *«Recogimos de entre las cenizas sus huesos, más preciosos que la pederería y el oro, y los colocamos en un lugar oculto, donde el Señor nos concederá la gracia de reunirnos á celebrar su martirio, y recordar á todos los que le han padecido, para disponer á los que le han de padecer.»* Así se unia la veneracion de la muerte á la esperanza de la vida.

Acacio, obispo de una iglesia de Oriente,

fué conducido ante el consular Marciano, el cual le dijo: *«Vosotros que vivis segun las leyes romanas, debeis amar á nuestros príncipes;»* á lo que contestó aquél: *«¿Quién ama al emperador más que los cristianos? Nosotros oramos por él, por todos los soldados y por todo el mundo.»*—*«Está bien, replicó Marciano, pero á fin de que conste mejor vuestra devocion, haced con nosotros un sacrificio.»* Negándose el obispo á sacrificar en honor del hombre, principiaron á disputar respecto de las divinidades; Acacio puso de manifesto las torpezas de Apolo, añadiendo: *«Aunque dependiera de esto mi vida, ¿os parece que habia de adorar á los que no debo imitar, y cuyos imitadores serian castigados por vosotros?»* Replicó á esto Marciano: *«Hé ahí la costumbre de todos los que sois cristianos, calumniar á nuestros dioses. Sacrifica ó muere.»* A lo cual contestó Acacio: *«Tambien dicen los ladrones de la Dalmacia: El dinero ó la vida. No se trata de quién tiene razon sino de quién tiene la fuerza.»* Continuó largamente la disputa, cuya detallada relacion se envió al emperador Decio, á quien le causó mucha risa, y el cual dió á Marciano un gobierno, concediendo la libertad á Acacio.

Hipólito, sacerdote romano, habia seguido las herejías de Novato, por lo cual conducido al suplicio, no hacia más que gritar al pueblo reunido con este motivo: *«Volved á la verdad católica.»* Habiendo oido su nombre el prefecto romano de Ostia que habia hecho matar á muchos de estos obstinados, ordenó que como el Hipólito de la fábula, fuese atado á dos caballos sin domar para que lo descuartizasen.

Gines, hábil cómico, representó por burla en el teatro un bautismo cristiano; pero el Espíritu-Santo le inspiró, y al concluir la farsa hizo profesion de cristiano, y dió á los espectadores el espectáculo de su martirio.

Sapricio, sacerdote, y Nicéforo, lego de Antioquia, que habian sido muy amigos, se enemistaron de tal suerte que se pegaban en las calles. No pareciendo cristiano este odio á Nicéforo, envió muchas veces personas que lo reconcilasen con Sapricio, y él mismo fué á buscarlo con este objeto, pero siempre en vano.